

Testimonios entre viñetas

Caminos condenados

DIANA OJEDA (investigación)

PABLO GUERRA (guion)

CAMILO AGUIRRE Y HENRY DÍAZ

(ilustración)

Cohete Comics, Bogotá, 2016, 85 pp., il.

AUNQUE PUEDA parecer algo nuevo, de último recurso, contar historias periodísticas o investigativas a través de narraciones gráficas tiene una mayor tradición de lo que parece: basta con mirar al siglo XIX, en el cual, antes de la invención de la cámara fotográfica, la ilustración y el dibujo acompañaban los documentos históricos y los reportajes de las batallas. Sin embargo, en los últimos años se ha hecho evidente que historiadores y periodistas no solo utilizan ilustraciones, sino que acuden con bastante frecuencia al cómic como medio para contar sus historias, aprovechando sus bondades y sorteando sus limitaciones.

En Colombia, los casos son pocos al respecto. Entre ellos podríamos mencionar el trabajo del historietista, ilustrador y periodista Pablo Pérez (“Altais”), que ha encaminado su labor por la vía de lo que él llama “periodismo ilustrado”; un trabajo que incluye reportajes ilustrados, columnas de opinión ilustradas y algunas historietas elaboradas para el Centro Nacional de Memoria Histórica. Un segundo ejemplo, y que ha quedado fuera de foco en tiempos de memoria e historia, es *El sabor de la tierra* (Astiberri, 2013), un valiente trabajo documental de los historietistas franceses Edmond Baudoin y Jean-Marc Troubet (“Troubs”), en el cual, mediante un viaje al sur de Colombia, retratan la vida de ese otro país, asediado por los narcos, la coca y las FARC. Un tercer caso podría ser el proyecto 4 Ríos, que narra historias, hechos y sucesos alrededor del conflicto armado en Colombia, y que utiliza el cómic y cortos animados como plataformas para sus narraciones.

A estos referentes se suma *Caminos condenados*, una novela gráfica sobre la violencia y el despojo en los Montes de María, región al sur de Bolívar que ha sido marcada por el conflicto

armado y la desigualdad desde hace unos treinta años. *Caminos condenados* toma como referencia central la investigación “Paisajes del despojo en los Montes de María”, que aborda el problema del acaparamiento y la concentración de recursos producto de la violencia, y los distintos dispositivos de despojo a los campesinos de la región. La novela gráfica es una extensión del trabajo de investigación y expande su resultado por medio de los mecanismos narrativos del cómic, siendo el producto de una colaboración entre la profesora Diana Ojeda, el guionista Pablo Guerra y los dibujantes Camilo Aguirre y Henry Díaz. Juntos hicieron la narración gráfica de la investigación, basándose en anotaciones previas, fotografías, grabaciones, conversaciones y análisis que Ojeda y su grupo de investigación habían realizado en los Montes de María. El libro da una voz gráfica a la cotidianidad, a las voces y opiniones de quienes viven y sufren en la región, de quienes son el recuerdo y la resistencia a masacres, continuos desplazamientos forzados y grandes cantidades de hectáreas de tierra despojada.

Esta novela gráfica cruza tres historias que retoman el trabajo inicial de investigación y lo llevan a la ficción, en parte para resguardar la identidad de los campesinos y también para propiciar un acercamiento más flexible con el lector. En la primera parte, un investigador recorre con el campesino los campos de teca mientras este va narrando el contexto de la región y sus “caminos condenados”: “Después de la desmovilización paramilitar del 2007, pensamos que ya íbamos a poder vivir tranquilos porque no había guerrilla ni paramilitares”. De este modo queda planteado el curso del libro y el problema que señala la investigación. La segunda parte cuenta la llegada de una investigadora a una finca campesina cercada entre cultivos de teca, encierro que se hace evidente en los trazos y la cercas que han marcado el “nuevo camino” de los campesinos; ahí, en ese punto intermedio, queda retratado el día a día de sus habitantes, las dificultades que enfrentan para conseguir agua y seguir adelante con su existencia. La tercera parte está situada en un taller de cartografía social en el cual el terri-

torio de los campesinos es nombrado y verbalizado con imágenes, y donde el uso de algunos recursos infográficos aparece entonces como motor narrativo; ahí los personajes dibujan otras rutas, jugando con los mapas para contar el pasado, el presente y el futuro de su comunidad. *Caminos condenados* cuenta, en tres escenas, las condenas que el conflicto ha dejado y las contradicciones del posconflicto.

El trazo y la línea sencilla ajustan el carácter documental de esta novela gráfica; los testimonios parecen tomados a lápiz y con elementos rudimentarios que se resisten a ser borrados de la memoria. No hay una paleta de colores, ni siquiera para aquellos momentos de esparcimiento y alegría que suceden en la segunda parte. Hay sombras, rasgos y recuerdos que delinean la memoria y bosquejan el futuro de un país. A pesar de estos elementos, la obra no es un archivo de la derrota; este libro funciona como una marca de resistencia ilustrada que enfrenta el olvido y trata de hacer camino a pesar de la adversidad.

En ese sentido, *Caminos condenados* conecta territorios, tiende un puente entre documentos académicos y posibilidades gráficas, aprovechando el lenguaje atractivo del cómic para descubrir un vínculo de comunicación con la memoria histórica y sus posibles lectores, abriendo puertas entre viñetas para animar tanto a lectores como a investigadores a cruzar caminos, planteando un diálogo entre la academia y la narración gráfica.

Hugo Mario Cárdenas